

PRIMERA CARTA

25 Diciembre 1998 - Carta - Roma

Queridos hermanos oblatos:

Hay momentos de gracia en la vida de cada uno. Pueden darse en un nuevo comienzo o en tiempo de crisis, pueden consistir en una experiencia fuerte de Dios o expresarse a través de un lindo regalo a nivel humano. Momentos de gracia los hay también para las familias, las comunidades y los pueblos. Para los oblatos la canonización de Eugenio ha sido uno de estos momentos, y todavía sentimos sus ecos. En la Iglesia el jubileo será un "año de gracia", y ya hemos comenzado a prepararnos para este evento. Justo en medio de estos dos acontecimientos se sitúa nuestro reciente capítulo general, y estoy convencido de que también fue un tiempo fuerte de gracia.

1. La gracia del Capítulo 1998

A varias personas les he oído decir que lo especial de nuestra asamblea fue en primer lugar el ambiente excepcional de fraternidad y de unidad que reinaba desde el comienzo hasta el fin. Este clima y la gran unidad de criterios se expresó claramente en las elecciones: prácticamente todos los 10 miembros del consejo se eligieron en el primer escrutinio y por mayoría de dos tercios. No sé a qué se debe un ambiente, una unidad extraordinaria de este tipo. En gran parte se puede ciertamente atribuir a la promoción del espíritu comunitario llevada a cabo por mons. Zago y su equipo durante los años de su mandato. En nombre de todos quiero expresar mi gratitud hacia él y el consejo general saliente por eso y todo lo demás que les debe la congregación. Sin duda el clima tan positivo del capítulo fue también fruto del reconocimiento de nuestro fundador como santo de toda la Iglesia, algo que afianzó mucho a los oblatos. En todo caso el espíritu de este capítulo ha sido un regalo de lo alto. No olvidemos cuántas personas han rezado por nosotros.

En mis palabras finales a nuestra asamblea pude decir que todo había sido para mí una experiencia del Espíritu como raras veces en mi vida. No creo que nos podamos equivocar sobre la presencia del Espíritu Santo, ya que también sus frutos fueron tan palpables: amor, alegría (recuerdo en particular los bailes de los africanos), paz. ¿Cómo es posible tanta unión en un grupo de 114 personas de 27 nacionalidades y en el que dos tercios han participado por primera vez - sin una gracia especial del Espíritu? Los oblatos allí reunidos llegamos a sentir un sano orgullo de formar parte de esta congregación que evangeliza tanto en el polo norte como en África del Sur, que actúa tanto entre la gente secularizada del mundo occidental como en pueblos imbuidos de tradiciones religiosas antiguas, o en los países del antiguo bloque soviético. Muchos laicos colaboran en esta misión y algunos se adhieren de manera especial a nuestra carisma; hemos recibido a sus representantes al comienzo del Capítulo y sentido su entusiasmo. - Da gusto pertenecer a una familia así! Sentíamos algo de lo que decía San Eugenio: " ... amándonos como hermanos, considerando a nuestra sociedad como la familia más unida que existe en la tierra" (*Carta a Guibert*, 29-VII-1830).

Estoy convencido: Todo eso fue un don gratuito de Dios, fruto de su Espíritu. Los que lo experimentamos, estamos llamados a la acción de gracias y la alabanza. Pero siempre los dones excepcionales de Dios incluyen una invitación a la misión. El Espíritu crea primero la comunión, pero luego nos pide algo más porque él es también protagonista de la misión (RM 21). Esta asamblea que hemos vivido es una gracia que nos compromete mucho a los oblatos.

2. Nuestra misión al iniciarse el tercer milenio: evangelizar

En lo que a la misión se refiere, los capitulares hemos sentido con claridad que a nosotros, misioneros oblatos, el Señor nos hace todavía el mismo llamado que al inicio de la congregación: evangelizar a los pobres. El llamado sigue siendo el de siempre, y al mismo tiempo es distinto. El número de los pobres no cesa de aumentar, pero no siempre se trata hoy de los mismos grupos de personas que en el pasado. El documento capitular nos dirá que ir hacia ellos va a implicar la evaluación de nuestras obras actuales. Nos hablará también de la integralidad de nuestra evangelización, del diálogo como camino del evangelio, de

especialización y profesionalización, de los medios de comunicación social, etc. "-Qué inmenso campo se les abre!", exclamaría San Eugenio (cf. Prefacio). Sin embargo, no quiero extenderme ahora sobre estos desafíos. Quisiera responder a una pregunta más inmediata: ¿Por dónde hay que comenzar?

3. ¿Por dónde comenzar?

El tema del Capítulo ha sido claramente la evangelización, no la comunidad o la vida religiosa. Sin embargo, me ha llamado mucho la atención lo que "el Espíritu Santo y nosotros" llegamos a decir al final de nuestra carta a la congregación. El documento hace ahí, diría yo, un inesperado giro temático. Inmediatamente después de mencionar a los pobres el capítulo habla de los oblatos como religiosos. Esto implica procurar siempre de nuevo que Cristo sea el centro de nuestra vida. Así ya lo leemos en la C.12: "*Como lo exige su misión*", se dice ahí, "los oblatos quieren seguir de forma radical el ejemplo de Jesús que fue casto y pobre y rescató el mundo con su obediencia". Los capitulares insisten seguidamente en la comunidad, recomendando incluso que cuando posible se viva en comunidad residencial. Entonces, ¿por dónde hay que comenzar? -La evangelización a la vista del tercer milenio tiene que comenzar por nosotros mismos, por nuestra propia vida religiosa y comunitaria!

Usaré una imagen, un icono para interpretar este giro en el tema del capítulo. Ya dije que nuestra asamblea ha sido para mí una experiencia fuerte del Espíritu Santo. En un cierto momento tuve la sensación de que todos estábamos en el cenáculo, como María y los apóstoles los nueve días antes de Pentecostés (Hch 1,14). En Jerusalén, antes de la predicación a gente de todas las naciones con audacia misionera, era necesaria esta novena como tiempo de gestación. Se me ocurre entonces que todos los oblatos, antes de lanzarnos a la acción, tendríamos que entrar en estado de cenáculo; sólo así el nuevo milenio podrá comenzar con un nuevo Pentecostés. Se trata del cenáculo de la memoria viva del Resucitado, de la oración constante, de la vida comunitaria entre apóstoles. Con nosotros estará también María, madre no de nuestra vida natural, pero sí de nuestra vida oblata como discípulos de Cristo y sus misioneros. Lanzo una propuesta concreta para entrar en este cenáculo, comenzando por este tiempo de adviento y navidad: Demos de nuevo toda su importancia a esa hora diaria de oración silenciosa y prolongada que nuestro fundador nos ha legado como herencia, la *oraison*, y hagámoslo juntos, una parte de este tiempo, en presencia del santísimo (C.33).

Esta carta quiere ser también mi saludo de Navidad a todos ustedes. Deseo a nosotros los oblatos que, en este adviento que prelude el 1999, Juan el Bautista y María - y Eugenio, "hombre del adviento" (Juan Pablo II) - nos hagan sentir el poder del Espíritu. El Espíritu que bajó sobre María para que Dios se hiciera hombre. El que en el cenáculo puede transformarnos, renovarnos, para que así Cristo nazca para los hombres y las mujeres del 2000. -Que el año del Gran Jubileo haga estallar un nuevo Pentecostés misionero para nuestra congregación, "pequeña, es verdad, pero que será siempre poderosa mientras sea santa"! (*San Eugenio al p. Tempier*, 22-VIII-1817). Feliz Navidad!